

ARTISTA DEL ESCAPE

*Peter J. Walker ofrece una semblanza de **Angus Deaton**, pionero en el desarrollo de enfoques que vinculan la teoría, las mediciones, las políticas y la vida de la gente*

Diciembre de 2015 fue un mes vertiginoso para Angus Deaton: viajó a Estocolmo para recibir el Premio Nobel de Economía de manos del rey Gustavo de Suecia y publicó el innovador estudio realizado con Anne Case sobre la mortalidad de la población de mediana edad en Estados Unidos, que atrapó la atención del público en un contexto de un debate más amplio sobre desigualdad y estancamiento de los ingresos.

“Cuando uno recibe el Nobel, eso concita una enorme atención de la prensa, y yo creía que nada podría superarlo, pero nuestro trabajo generó más atención: fue como un tsunami que se atenuaba y luego otro más grande que nos golpeó”, recuerda Deaton en su oficina de la Universidad de Princeton, hablando con un suave acento escocés impregnado de matices transatlánticos.

En ese estudio, Deaton y Anne Case —destacada economista y colega de Princeton— plantearon un sorprendente descubrimiento: tras décadas de avances, las tasas de mortalidad de los estadounidenses blancos de mediana edad quedaron estáticas o aumentaron después de fines de los años noventa, en gran parte debido a los suicidios y al abuso de alcohol y de drogas como los opiáceos. Cuando Case y Deaton, que están casados, asistieron a una recepción en la Casa Blanca para los ganadores del Premio Nobel, el presidente Barack Obama interrumpió a Deaton cuando este le presentaba a Case, y le dijo: “Sé quién es la Dra. Case, y vamos a hablar de su obra”.

El estudio, “Creciente morbilidad y mortalidad entre los estadounidenses blancos no hispanos de mediana edad en el siglo XXI”, apunta al meollo de la epidemia de opiáceos, argumentando que es algo más que una crisis de salud pública: es también una crisis económica. “Aun cuando se elimine la adicción, eso no resuelve la cuestión, porque hay un problema mucho más profundo: el salario real de las personas que solo tienen estudios secundarios ha venido cayendo durante 50 años”, dice Deaton.

El doble tsunami del Nobel y el estudio coronaron una prolífica carrera académica caracterizada por investigaciones sumamente significativas y variadas, que abarcan la salud pública, la pobreza, el consumo, el ahorro y mucho más.

“Deaton ha usado sus agudas habilidades cuantitativas para encarar una variedad impresionante de temas de economía y de otros campos”, dice Orley Ashenfelter, profesor de economía de Princeton. “Su uso sensato de la evidencia y cuidadosa atención a los datos quizá nunca hayan sido tan importantes como hoy, cuando opiniones desinformadas, sostenidas con vehemencia, se convierten cada vez más en una poderosa fuerza política”.

La historia de Deaton comienza en un mundo muy diferente. Criado en la Edimburgo de los años cincuenta, que recuerda como “un lugar bastante

deprimente en ese entonces”, el joven Deaton encontró un escape en libros sobre India y otros lugares lejanos. También le gustaba la naturaleza, y pasaba muchas tardes jugando en The Meadows, un amplio espacio abierto utilizado durante la Segunda Guerra Mundial para cultivar huertos —“cavar para la victoria”— y que en aquel entonces estaba siendo reconvertido en un parque.

A los nueve años, Deaton se mudó con su familia a un pequeño pueblo cerca de la frontera con Inglaterra, donde captó la atención de sus maestros en la escuela local. Esto fue un gran estímulo para sus progenitores, en particular para su padre, quien no pudo asistir a la escuela secundaria pero luego tomó clases vespertinas, llegó a ser ingeniero civil y alentó con firmeza la educación de su hijo. La posterior beca gracias a la cual Deaton, junto con otro niño de entorno desfavorecido, ingresó a los 13 años en el prestigioso Fettes College marcó la concreción del difícil sueño de su padre.

Su carrera académica inicial no fue un ascenso imparable; a veces se sentía frustrado ante lo que percibía como una falta de avance.

En Fettes, los alumnos aprendían de manera independiente, un método que le dio a Deaton buenos resultados. Aprender pasó a ser un hobby. Como otros compañeros, Deaton se unió al cuerpo de cadetes de la Marina Real de la escuela y pasó veranos en el mar, viajando al extranjero por primera vez: a Bretaña, Francia, donde “todos bajaron a tierra y compraron vino tinto barato”.

Tras completar sus estudios secundarios, Deaton fue admitido en la Universidad de Cambridge para estudiar matemáticas, pero pronto perdió interés en la materia, considerando que por entonces se la enseñaba “increíblemente mal”. Buscó algún otro campo, y fue orientado hacia la “ciencia económica”, sin tener mucha idea de lo que eso significaba.

El interés de Deaton en esta disciplina creció ininterrumpidamente. Pasó un verano leyendo manuales de economía mientras trabajaba vendiendo prendas a bordo de los transatlánticos Queen Elizabeth y Queen Mary. Cada quincena desembarcaba en el Muelle 92 de Nueva York, una zona “bastante difícil y llena de sórdidas cafeterías”, y poco a poco fue saliendo del puerto para explorar el resto de Manhattan.

De regreso en Cambridge, esos atisbos de la cruda realidad de la vida animaron el debate estudiantil.

“Todos leíamos periódicos de izquierda y todos trabajábamos para la revolución —lo que quiera que eso significara— pero principalmente era sentarse por ahí a beber y jugar a los naipes”, dice Deaton.

Tras su graduación en 1967 y un breve paso por el Banco de Inglaterra, Deaton volvió a Cambridge para hacer su doctorado y trabajar como asistente de investigación, y para estar con Mary Ann Burnside, su primera esposa, con quien se mudó a un pueblo cercano y tuvo dos hijos, Rebecca y Adam.

En su trabajo, Deaton encontró un mentor en el futuro Premio Nobel Richard Stone, y ambos colaboraron en el análisis del ahorro y la demanda, dos pilares de la ciencia económica. Una nueva percepción sobre el tema surgió cuando Deaton aplicó sus dudas acerca de comprar café durante la alta inflación de los años setenta en Gran Bretaña para sostener, contrariamente a la sabiduría convencional, que una inflación no prevista podía contribuir a aumentar —no a reducir— el ahorro. Quienes dudaban se sorprendieron cuando el gobierno anunció un alza del ahorro de los hogares, como había predicho su teoría.

Si bien Deaton causó un impacto, su carrera académica inicial no fue un ascenso imparable; a veces se sintió frustrado ante lo que percibía como una falta de avance. No era el único. A Deaton y su compañero de tenis, el futuro gobernador del Banco de Inglaterra Mervyn King, los unía su mutuo, aunque prematuro, desencanto por no obtener una cátedra. Ninguno había cumplido 30 años.

Eso cambió en 1975, cuando Deaton pasó a ser profesor de econometría en la Universidad de Bristol. Tras el doloroso fallecimiento de Mary Ann ocurrido unos pocos meses antes, Deaton buscó un cambio de escenario por motivos tanto personales como profesionales.

En Bristol, Deaton desarrolló el “Sistema casi ideal de demanda” con John Muellbauer, entonces profesor del Birkbeck College en Londres. Como su nombre sugiere, el modelo “casi ideal” no buscaba la perfección, pero sí brindaba un panorama más completo y realista del comportamiento del consumo que otros intentos anteriores. Entre otras ventajas, podía predecir con más precisión cómo las políticas, tales como los cambios tributarios, afectan a los distintos grupos demográficos y de ingresos. El Comité del Premio Nobel señaló posteriormente que aún después de 35 años sigue siendo una piedra angular de la estimación de la demanda en todo el mundo, esté basada en datos a nivel agregado, individual o de los hogares.

En el año académico 1979–80 Deaton tomó un período sabático —antesala de un traslado permanente en 1983— en Princeton, cuyos recursos y calidad intelectual lo impresionaron. El único escollo fue que Princeton solo le pagaba por nueve meses, de modo que necesitaba hacer algo en el verano. Encontró un empleo en el Banco Mundial, trabajando en el incipiente Estudio de medición de los niveles de vida, que procuraba determinar cómo incidían las políticas públicas en los resultados sociales de las economías en desarrollo. Deaton cumplió un papel decisivo en su evolución, especialmente en la elaboración de las encuestas de hogares.

A medida que la carrera de Deaton avanzaba, las encuestas de hogares se ubicarían entre sus contribuciones más importantes. Fue pionero en las formas de usar e interpretar las encuestas de hogares para describir con mayor precisión las realidades en el terreno observando el consumo, analizando cohortes de nacimiento y estimando los precios del mercado local. Deaton realizó gran parte de su trabajo en India, reavivando aquella fascinación infantil por ese país.

SALUD Y SALARIOS

En su estudio de 2015, “Creciente morbilidad y mortalidad entre los estadounidenses blancos no hispanos de mediana edad en el siglo XXI”, Anne Case y Angus Deaton brindan importantes observaciones sobre la epidemia de opiáceos, comparando su importancia con la de la crisis del SIDA.

Según ese estudio, las tasas de mortalidad de hombres y mujeres blancos no hispanos de 45 a 54 años aumentaron medio por ciento al año entre 1999 y 2013, tras haber caído en los dos decenios anteriores. Las drogas, el alcohol y los suicidios fueron las principales causas del repunte de la mortalidad, que resultó más pronunciado entre quienes no tenían estudios universitarios. La morbilidad también aumentó, registrándose un número significativamente mayor de casos de mala salud física y mental. En cambio, la mortalidad continuó disminuyendo entre otros grupos demográficos de Estados Unidos y en otras economías avanzadas.

¿Qué hay, según Case y Deaton, detrás de estas alarmantes tendencias? Los analgésicos recetados conocidos como opiáceos (formas sintéticas de opio) se volvieron más ampliamente disponibles a fines de los años noventa, en momentos en que aumentaban la mortalidad y la morbilidad. Otro factor puede ser la inseguridad económica, dado que la población blanca de mediana edad más pobre está particularmente afectada por el lento aumento de la mediana salarial en Estados Unidos así como el traspaso desde planes de pensiones de prestaciones definidas a otros de contribuciones definidas, que transfieren el riesgo financiero al empleado. Case y Deaton alertan que si no se logra controlar la epidemia el resultado podría ser una “generación perdida”.

En su documento de seguimiento de 2017, “Mortalidad y morbilidad en el siglo XXI”, observan que la tendencia continuó durante 2015.

Durante gran parte de la década de 1980 y 1990, Deaton hizo nuevos descubrimientos revolucionarios en el estudio del consumo, identificando la necesidad de conciliar el comportamiento individual con los resultados agregados. También analizó cómo varía el consumo a lo largo del tiempo, formulando la paradoja de Deaton, según la cual el modelo estándar de agente representativo de la hipótesis del ingreso permanente es internamente contradictorio porque el comportamiento de las series de tiempo del ingreso promedio implica que las variaciones temporales del ingreso deberían generar variaciones más grandes del consumo, no más pequeñas.

Durante ese período, Deaton profundizó su compromiso con la economía del desarrollo, abordando, por ejemplo, la tesis de la trampa de la pobreza. Discrepaba con el argumento ampliamente aceptado de que una mala nutrición impide a las personas ganar lo suficiente como para escapar de la pobreza. A partir de investigaciones realizadas en India, Deaton y Shankar Subramanian de la Universidad Cornell mostraron que una dieta adecuada cuesta solo 5% del salario diario y concluyeron que la desnutrición es una consecuencia de la pobreza, no una causa.

En *El gran escape: Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad*, publicado en 2013, Deaton sostuvo que la ayuda extranjera puede ser perjudicial porque hace a los gobiernos receptores más responsables ante los donantes externos que ante su propio pueblo. Se erosiona así el contrato social entre un gobierno y sus ciudadanos y se reducen los incentivos para fortalecer las instituciones y emprender otras reformas esenciales para un desarrollo sostenible. “El argumento de que tenemos que hacer algo porque esa gente es muy pobre parece ser un argumento muy contundente, pero no lo es”, afirma. “Lo único que no debemos hacer es perjudicarlos, pero eso es exactamente lo que está ocurriendo hoy”.

Tales argumentos han generado polémica. “Hay muchos beneficios concretos, tangibles, como enfermeros, maestros, vacunas, muertes evitadas, etc., frente a una afirmación bastante vaga y no claramente demostrada de un daño institucional a largo plazo”, escribió Duncan Green de Oxfam GB en el blog de esa organización. Otros sostuvieron que el problema real reside en cómo se suministra la asistencia externa. El debate continúa.

También sigue debatiéndose el relato central del libro: que en los últimos 70 años ha habido una notable reducción de la pobreza y mejoras sanitarias en todo el mundo. “Es inconcebible que se hubieran logrado esos avances sin la globalización”, escribe Deaton. Rechaza la idea de que la globalización sea el problema y sostiene que los verdaderos culpables son los ganadores, que buscan impedir que otros también ganen, generando



El economista Angus Deaton sostiene que la ayuda externa puede ser perjudicial.

malas políticas públicas que alimentan el rentismo empresarial, una atención de la salud insuficiente y el estancamiento salarial.

Diversos aspectos de este argumento se exponen en el estudio de 2017 de Case y Deaton “Mortalidad y morbilidad en el siglo XXI”.

Fue en Princeton donde Deaton y Case se conocieron; se casaron en 1997 y hoy trabajan en oficinas contiguas. Estar casado con una colega genera mucho placer y alegría, pero también implica disyuntivas que ambos tienen aún que resolver, reconoce Deaton. “La gente quiere que dictemos conferencias en todos lados todo el tiempo, y si yo lo estoy haciendo y Anne está enseñando, es bastante difícil sentarnos y hacer nuestra labor”. Dedican su escaso tiempo libre a pescar con mosca, cocinar y viajar.

En diciembre de 2016, un año después del torbellino del Premio Nobel y el estudio sobre la mortalidad, Deaton se subió a un taxi londinense con Case y su hijo, Adam, y pidió que los llevaran al Palacio de Buckingham. “¿Para qué vinieron ustedes aquí?”, preguntó el taxista, dudando si eran turistas o invitados reales. “Mi papá inventó un nuevo tipo de soporte de papel higiénico que a la Reina le gusta”, bromeó su hijo. Una vez dentro, Deaton fue nombrado caballero por el príncipe William, duque de Cambridge.

“Es un maravilloso homenaje a la erudición”, expresó el profesor Sir Angus Deaton, “y mucho más divertido que buscar un caballo, una armadura y una lanza para ir a la batalla por la Reina”. **FD**

PETER J. WALKER es Oficial Principal de Comunicaciones en el Departamento de Comunicaciones del FMI.